

La vida en las cartas: Ricardo Palma entre escritoras

161



Graciela Batticuore¹

La vida en los archivos

La vida, la muerte, la escritura; los nacimientos, la vejez, la enfermedad; los trabajos literarios y el dinero; la solidaridad entre gente de letras, las competencias y los padrinazgos; los viajes y las ciudades; la política y el exilio; los libros, las ediciones, las imprentas; el amor, el matrimonio, los amantes... Sobre todos estos asuntos y sobre mucho más versan un puñado de cartas de mujeres, todas escritoras americanas, que recibió Ricardo Palma entre 1885 y 1916. Las cartas llegan a Lima desde Londres, desde Arequipa, desde Tinta, la mayoría desde Buenos Aires. Sabemos que son años intensos en la vida de Palma, profundamente imbuido, por entonces, en la realidad política de su tierra y en los compromisos de carácter intelectual. Años en los que viaja, escribe nuevos volúmenes de las *Tradiciones*, agranda su familia y colabora activamente en la prensa, mientras lleva adelante la titánica tarea de reconstruir la Biblioteca Nacional de Lima tras la guerra del Pacífico.

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Profesora de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Independiente en Conicet, con sede en el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA.

Las corresponsales también son figuras resonantes del ambiente literario peruano y argentino del momento, aunque no todas igualan o se acercan, para entonces, a la estatura del *maestro*, como lo nombran a menudo. Sin embargo, todas buscan en él a un aliado, a un amigo, a un confidente, a un familiar sin cuya interlocución o cercanía parece difícil mantener, incluso, el juicio:

Yo lo extraño tanto a usted, que es imposible que pueda llegar a la realidad si trato de explicarme. Las veces que he ido donde Cristina he sufrido tanto, que me he salido con el corazón saturado de lágrimas. Nerviosa; se me ha imaginado que usted está muerto, y no puedo conformarme a ver esa casa sin que usted esté allí, con sus bondades, con su cariño, con su lealtad sin ejemplo².

162

escribe una amiga en enero de 1893, cuando él se encuentra paseando con algunos de sus hijos por Europa. A veces, las cartas expresan la distancia de los corresponsales en clave de duelo. De una desesperación que redundan en pesadilla. Otras veces son capaces de desatar el llanto o la emoción, sea por pena, ansiedad contenida o alegría:

No se imaginará U. el grande gusto que al leer su amable carta tuve. Es que la demora para contestarme, llevóme a amargas y dolorosas reflexiones, y con hondo dolor decíame: –Me equivoqué; no hay en su corazón la nobleza de sentimientos que yo supuse!... La carta vino, pues a confirmar el alto concepto que siempre de U tuve; y conmovióme tan hondamente que al terminar su lectura, tomé el pañuelo para (enjugarme) las lágrimas

escribe Mercedes Cabello desde Buenos Aires en 1898. Aunque sobran los halagos no escasean los reproches al maestro cuando tarda en contestar. Otras veces las cartas expresan un desahogo. Otras son el canal de información y de noticias personales, políticas o literarias que se esperan con afán. En cualquier caso, se diría que las cartas son un puente, un vehículo que procura allanar distancias y mantener activa las complicidades entre el escritor y sus amigas.

¿Quiénes son ellas? Clorinda Matto de Turner, Mercedes

² Mercedes Cabello a Ricardo Palma, Buenos Aires, enero de 1893. Archivo Ricardo Palma, Biblioteca Nacional de Lima. En adelante, toda la correspondencia entre Palma y las escritoras pertenece a este archivo y se data en el cuerpo del texto, a excepción de Juana Manuela Gorriti, que se indican oportunamente.

Cabello de Carbonera, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla, Teresa González de Fanning. Autoras de un sustancioso corpus que relevé hace años en la Biblioteca Nacional de Lima y que es conocido actualmente tan sólo por especialistas, ya que todavía no han sido publicadas estas cartas en su totalidad. Me topé con ellas cuando perseguía los pasos de Juana Manuela en los archivos de Palma: allí estaban, entre otros papeles, repartidas en numerosos biblioratos repletos de inéditos. Fotocopié entonces el material y me lo llevé a casa. Después edité una parte que era para mí la más atractiva en ese momento: las *53 cartas inéditas* de Juana Manuela a su amigo, y dejé en espera las otras, para volver a ellas en algún momento oportuno o afín con mis intereses de investigación (BATTICUORE, 2004). Vuelvo, por fin, a esos archivos y lo primero que veo al abrir los pliegos son las letras manuscritas de las escritoras, su silueta reflejando el temple de cada corresponsal, los monogramas y los sellos escoltándolas, las anotaciones al margen. Veo la letra enorme y desgarbada de Mansilla, la muy femenina y muy prolija de Clorinda, la letra pequeña y desalineada de una Gorriti siempre enferma y achacosa sobre los últimos años de su vida. Veo también la propia letra de Palma sobrescribiendo las cartas con leyendas que a veces describen el contexto biográfico de la corresponsal al momento de hacer el envío. Esas leyendas echan una mirada rápida y ofrecen un juicio conciso pero consistente sobre esta o aquella amiga y, en todos los casos dejan ver *quién es quién* para el maestro, entre ese pequeño mundillo de escritoras americanas: “esta carta es de la Literata Eduarda Mansilla de García, sobrina del dictador Rosas”, anota a pie de página en una breve esquela enviada por la susodicha desde Europa, sin fecha a la vista. Son breves pero incisivas estas anotaciones que, en cierto modo, catalogan o rotulan a la corresponsal a través del fugaz retrato de este remitente que se ocupa de registrar quién es o en qué llegó a convertirse la corresponsal, con el paso del tiempo: “en 1899 mi amiga la literata Mercedes Cabello de Carbonera empezó a sufrir de insomnios y alucinaciones, y en Enero de 1900 fue encerrada por su familia en el manicomio de Lima. Su manía es delirio de grandezas, locura muy difícil de curar”, escribe Palma el 8 de julio de 1886, sobre una carta que lleva el sello de Mercedes y en la que le cuenta en secreto que ha enviado a concurso su novela *Sacrificio y recompensa*. Sobre Mercedes hay varias anotaciones más en otras esquelas, que van prefigurando ese final y la perspectiva, a la vez, piadosa y crítica de Palma.

Cuando Mercedes Cabello de Carbonera emprendió viaje a Buenos Aires, convencido como estaba yo de su desequilibrio cerebral, la aconsejé que no se embarcase. Al (tiempo?) publicó un artículo furibundo contra mí en el “Congreso”, y realmente que fue para mí una sorpresa recibir cuatro meses más tarde esta carta. ¡Pobre Mercedes! Desde 1901 ocupa una celda en el manicomio de Lima (sobrescrito en carta de Mercedes, fechada el 12 de junio de 1889, enviada desde Buenos Aires)

Podemos preguntarnos para quién compone el escritor estas leyendas que se sobreimprimen en las cartas. ¿Para sí mismo, para los hijos o los nietos o la esposa que algún día heredarán ese monumental archivo de correspondencias? ¿O para la posteridad que alguna vez dará con ellas y en la que Palma piensa, acaso, al anotar? No puedo evitar una primera impresión de lectura ante el corpus de añejas fotocopias que hace unos días volví a tener entre mis manos. Se trata de una impresión que me hace reflexionar, antes que nada, sobre el archivo y el género epistolar: por un lado, pienso en el Palma archivero, en el bibliotecario, en el coleccionista. Y me acuerdo, de inmediato, de un contemporáneo suyo, argentino, Juan María Gutiérrez, con el que por supuesto también supo cartearse. Como Palma, Gutiérrez conservó la correspondencia de muchísimos escritores con los que estuvo vinculado a lo largo de su vida. La Biblioteca del Congreso de la Nación relevó hace años ese material, lo editó en seis volúmenes compilados bajo el título general de *Archivo Gutiérrez* y lo distribuyó en bibliotecas nacionales. Al igual que Gutiérrez, Palma también tuvo conciencia de que su persona era un eje en un sistema, un eslabón en una cadena, que juntaba, reunía y organizaba, simplemente, una red de interlocuciones que valía la pena conservar y recuperar en el futuro, para visualizar y recomponer después, a la distancia, una historia de la literatura y de la sociabilidad literaria argentina y americana. Palma compartió esa conciencia de época con el gesto propio de un romántico comprometido con su generación y con la vida nacional. Por esta vía es que vinculo a ambos escritores, también, con Sarmiento, que no era muy dado a los archivos pero sí apostó, a menudo, en su vida, al género epistolar -cuando escribió los *Viajes*, en 1848, cuando entabló polémica con Alberdi en las *Cartas Quillotanas*, hacia 1851. El célebre

autor del *Facundo* encontraba en esa forma literaria la ductilidad y el atractivo necesarios para llegar al público, para convertirse en un *escritor americano* con impacto en la literatura universal: eso añoraba. Sarmiento nos recuerda que en el siglo XIX las cartas constituyeron un género central, de alto tránsito: no se limitan al tráfico de noticias y comunicaciones entre gente que está lejos, sino que son, a menudo, una plataforma de discusiones públicas, de fuertes polémicas, a la vez dan forma a la novela epistolar o abren paso a la crónica de viajes o al discurso amoroso.

Ante el archivo de correspondencias de Palma me pregunto todavía: qué nos trae a los lectores de hoy una carta que viene del pasado. Qué nos dice o nos revelan acerca de los escritores y las escritoras de otro siglo. Para qué sirve leerlas, publicarlas, volver a ellas una y otra vez. Por encima de las discusiones acerca del valor que hay que otorgarles -o no- a los escritos de corte autobiográfico en el contexto de una obra de autor/a, me interesa poner el foco en un asunto que de todos modos cobra relieve en el corpus epistolar que nos ocupa -como en tantos otros- y que deslicé al comienzo: el vínculo estrecho entre *vida y escritura*. O para decirlo en un lenguaje de interés para la crítica contemporánea, el vínculo entre la *literatura y la vida*. Algunos ejemplos extraídos de las cartas resultan elocuentes y nos dejarán entrar muy pronto en materia: “Una gran felicitación a U. y a mi Cristina por el nuevo retoño de la ilustre palma que protege con su sombra bienhechora la Biblioteca Nacional. Bienvenido Cristián a este mundo de lucha y de prueba. Derrame sobre él Dios todos sus dones”, escribe Gorriti a Palma el 1 de julio de 1889. En otra carta escrita unos años antes, Clorinda se lamentaba por la muerte de su esposo: “cuántas desgracias han pesado sobre mi corazón enlutecido de por vida. En Marzo del 81 perdí a mi esposo, cuya muerte me dejó en brazos de la orfandad y de la pobreza”, escribe dos años después desde Arequipa. Y en otra Mercedes apunta: “qué le parece la muerte de nuestro buen amigo [...]? Yo lo he llorado como a un hermano querido. Él también tuvo para mí gran deferencia”, escribe en octubre del 1898. Tan sólo un año antes otra carta de Clorinda traía lamentos funestos:

Nuestra común amiga Urcina me ha mandado la estimable carta de usted, fecha 5 de junio próximo pasado, en la cual manifiesta usted la parte que ha tomado en la nueva desgracia que viene a aumentar las tristezas de mi corazón en el que murió toda alegría junto con aquel llorado Daniel, a quien ha seguido tan pronto mi querido padre. En todo puede pensar al emprender esta peregrinación atravesando por sobre el sepulcro de mi hermano y las cenizas de mi hogar y mi imprenta saqueadas y destruidas por los regeneradores de mi patria, menos en lo que acaba de suceder

escribe Clorinda desde Buenos Aires en julio de 1897.

166

Nace un hijo y muere un padre, un hermano, un amigo. La vida y la muerte están fuertemente presentes en estas cartas de mujeres, y se entrecruzan con otras contingencias de diversa índole: los desquicios constantes de la política americana, la guerra, el exilio, la especulación financiera en la Buenos Aires vertiginosa y *frenética* de fines de siglo. Pero la inminencia de una muerte tiene siempre un peso agudo y solicita un párate, una consideración especial para el que sufre una pérdida. En otras palabras, la muerte motiva la escritura en las cartas. La muerte como un hecho cierto, ya ocurrido, o la que está por venir. Por ejemplo Clorinda le agradece a Palma por haberle escrito tras tener noticia de la muerte de su padre, y aprovecha para reprocharle que no lo haga más seguido. Gorriti, en cambio, en las cartas a Palma le anuncia constantemente su final: le habla de su decadencia física, se despide de él por si acaso, lo prepara para la fatal noticia que algún día llegará a sus oídos, para que la desgracia no lo tome por sorpresa. Y también para que le escriba antes, para que responda a las cartas de ella pronto, para que le preste atención, ya que ella sí le escribe aunque esté casi siempre postrada, en cama, enferma, sin ver la calle ni a la gente, excepto por visitas que le hacen. “Será la cercanía de la muerte que da a mi mente esta clarovidencia [sic]” escribe el 17 de marzo de 1889. Y el 3 de julio siguiente agrega: “esto se acaba, querido amigo. Si no me apresuro a volver al potrero de los viejos, llevo la certeza de que, en este o el siguiente invierno Buenos Aires me guardará para siempre ... en su cementerio”. En otra carta del 29 de agosto de 1991 le dice así: “mi enfermedad acrece y dentro de muy poco dará cuenta de mí. Lo anhelo como una felicidad, porque es mucho lo que sufro”. Y en la misma carta, al final: “Tengo la pluma en la mano pero sin alientos

[sic] seguir escribiendo: tal es mi postración”. Antes o después, se suceden innumerables comentarios que entreveran enfermedad y trabajo, incluso, anhelos de un final: “Yo, aunque bastante achacosa y muy mucho cansada de la vida, estoy ocupándome de dos trabajos literarios: *Perfiles contemporáneos* y *Salta*” (2 de abril de 1887).

Esta es una de las formas en que asoma la vida en las cartas: a través de la muerte, la enfermedad o la vejez. A través de la referencia a un cuerpo que padece, a una voz que se resiente o incluso a una cabeza que se enajena poco a poco, irremediamente, como lo expresan, no sin desesperación, las cartas de Mercedes y también las anotaciones de Palma en los márgenes: “Pobre Mercedes! Cada dos meses le hago una visita en el manicomio. Desde 1905, hay ocasiones en que me desconoce por completo y me confunde con amigos que no la ven o que ya no existen”. El comentario de Palma se sobreescribe al pie de una carta de su amiga fechada en octubre de 1898, enviada desde Buenos Aires. En ella, la corresponsal reitera las noticias sobre su enfermedad, que venía describiendo en misivas anteriores: la vida en la ciudad porteña le resulta un “suplicio”, no tiene amigos ni hace salidas, no puede ir al teatro, como quisiera, no tiene distracciones, está sola y trabaja mucho. No duerme de noche ni de día. No duerme y esto la debilita, daña su cuerpo y su razón:

Los eternos insomnios y los narcóticos tomados en fuertes dosis, enfermaron mi pobre cerebro, ya bastante debilitado por el abuso de la labor intelectual. [...] Cuando llegué a Buenos Aires mis males nerviosos agraváronse de tal suerte, que me daban cuatro y cinco ataques de nervios cada día, y con convulsiones y (alaridos) que tenían angustiadísima a mi familia. A la vez los insomnios se me agravaron a tal punto, que he pasado tres meses sin dormir ni un minuto ni de día ni de noche. [...] Ahora todavía no estoy del todo bien: la menor impresión, el hablar mucho en la noche antes de acostarme, prodúceme insomnio de toda la noche. Sigo tomando todas las noches un gramo de sulfonal para poder conciliar el sueño. (...) Algunas veces he ido a Buenos Aires, al teatro, a la Clínica a tomar baños eléctricos o baño de ducha (desde el barrio de Belgrano en Buenos Aires, 15 de octubre de 1898)

La situación es grave y los médicos prescriben la peor receta que puede darse una escritora: “me prohibieron el libro y la pluma”, dice Mercedes en esta misma carta. En otra, donde le cuenta enojada que cree que la dejarán afuera de un concurso, Palma se condeue pero

diagnostica y juzga: “los delirios de grandeza” de Mercedes la han traído hasta aquí. Los trabajos literarios cansan, envician. Las ambiciones literarias pueden ser fatales pero este no es, en verdad, un mal que aqueja en exclusiva a Mercedes Cabello. Al contrario, las anotaciones sobre el “trabajo que enferma” (“el abuso de labor intelectual”, dice concretamente Mercedes) se reiteran en las cartas y alcanzan al propio Palma: cada tanto Gorriti o Clorinda se enteran de que cayó enfermo y lo atribuyen al debilitamiento por las fatigas del trabajo, arduo, en la Biblioteca Nacional. O a sus muchos quehaceres literarios.

Lavorare stanca

168

La temática sobreviene en otras cartas, en relación con otras y otros corresponsales, aun cuando no se llega a extremos tan desdichados como el de Mercedes. Pero aquí y allá, bajo la pluma de estas interlocutoras de Palma, la enfermedad aparece asociada al oficio literario, al trabajo concreto de escribir procurando vivir, como sea, de las letras. Dos *condenas* reconoce Clorinda para sí en una de sus cartas: la condena de tener que trabajar siempre a destajo porque el dinero no alcanza. Y la condena de vivir: “pocas mujeres en nuestro país habrán sufrido la dura condena que soporto, querido amigo, trabajando para cumplir esta otra condena de vivir”. Este juicio asoma en una época de desalientos: a mediados de la década de 1880 Clorinda está radicada en Arequipa, ya ha enviudado y no tiene un trabajo suficientemente reductible; la política le es adversa, opina lo que no debe y le clausuran la imprenta. “Aquí no hay vida literaria”, se queja con Palma. Y también se queja del sueldo miserable que le paga *La Bolsa* pero que no puede rehusar porque necesita dinero. Varias veces en sus cartas, Clorinda le encarga al amigo que le ayude a vender sus libros: le manda *un cajoncito*, a ver si puede venderlos, le habla de precios, de los inconvenientes con los copistas y del costo de las ediciones. Le detalla las sumas precisas del debe y el haber:

el Sr. Ibañez ha recogido el importe de las ventas de Arequipa y La Paz a cuenta de sus gastos de imprenta y todavía le debo unos 196 más (signo) la plata que deseo pagárselas antes de mi salida de esta ciudad. No llegan a 50 los ejemplares que me quedan libres y ya usted ve que he trabajado únicamente para el impresor. Con todo, como usted bien me dice, ganaremos algo en nombre a falta de dinero y siempre es ganar, y mucho

le escribe en 1886. Otro tanto hace Gorriti desde Buenos Aires: le habla a Palma de ediciones, de financiamientos, de encargos y ofertas remuneradas para publicar: “Mañana me pagarán en las oficinas del Tesoro los tres mil pesos acordados por el Congreso a la edición de los cuatro libros que voy a publicar, y que ya lo fue uno de ellos, al fiado: *La tierra natal*. Pero peor es nada, mejor es más vale –dicen los gauchos mis paisanos”, le escribe Gorriti el 1 de diciembre de 1889. A menudo se muestra preocupada por la suerte económica de Clorinda y ve con ojos esperanzados que ella pueda conseguir un puesto en colegios: “creo que Clorinda fundará un colegio. Yo le he aprobado la idea. No hay un establecimiento más honorable para una mujer joven y sola, acechada, además, por esa terrible enemiga: la pobreza”, anota el 16 de junio de 1886. Definitivamente, prensa y cátedra serán las plazas de trabajo a las que aplica Clorinda a lo largo de su vida, mientras se ocupa en paralelo de escribir libros, de solicitar *padrinazgo* y recomendaciones, de editar bien sus obras y de darlas a leer. Pero la suerte a veces se mantiene adversa y los trabajos la enferman, a ella también. En estos casos Clorinda interpreta los contratiempos en clave de género y clase: “ahora comprendo lo que es la suerte de una mujer en el Perú. Ahí también usted lo sabe, porque, cuantas veces, al ser padre de niñas habrá meditado en la posibilidad de encontrarse alguna huérfana o viuda, con la voluntad de trabajo sin poderlo conseguir! Eso es fatal amigo del alma”, le escribe en diciembre de 1883. Y al mes siguiente, desde Tinta, reflexiona con él sobre “las dificultades infinitas que rodean a una mujer en mis condiciones, para encontrar trabajo por más que cuente con actitud y voluntad”.

Llama la atención la conciencia de estas escritoras sudamericanas tienen de su identidad de género, de los límites que les depara su sexo, pero sobre todo las reiteradas referencias al dinero que varias de ellas pueden o querrían obtener de los libros que escriben. Clorinda Matto y Juana Manuela Gorriti lo necesitan concretamente para vivir. No es el caso de otras contemporáneas que están también en el circuito de sociabilidad de Palma: de Eduarda Mansilla, por ejemplo, que le escribe a menudo desde la Legación Argentina en Londres donde reside su esposo Embajador, otras veces desde París, adonde viaja sola o también con el marido. O de Emilia Pardo Bazán, que goza de una posición acomodada en España. O la Baronesa de Willson, de la que podemos decir otro tanto y cuyas publicaciones en la prensa limeña son recurrentes. Pero la adscripción socioeconómica de Clorinda y

también de Gorriti, sumada a las derivas de la guerra y la política, potencia en ellas una preocupación que ya se había manifestado antes, en el contexto de las Veladas Literarias: la condición social de la mujer, precisamente, y con ella la reflexión sobre su derecho a la educación, el trabajo, el profesionalismo, a la autonomía civil. *Trabajo para la mujer* se titula, no casualmente, un ensayo de Teresa de Fanning leído en voz alta en las Veladas. Parece un slogan o una solicitud o un imperativo: *trabajo para la mujer*, casi lo contrario del célebre poemario de Pavese: *lavorare stanca*. Pero para las mujeres del siglo XIX, el trabajo puede ser algo peor que el cansancio que impacta sobre el cuerpo. Puede ser un imposible. O puede ser también una osadía, si la mujer escritora pone muy en evidencia su ambición de tener un nombre y hacer con él fortuna (“delirios de grandeza”... me queda resonando esta anotación de Palma sobre la carta de Mercedes). De todos modos, para Clorinda, la calma llega, al fin, en las postrimerías del siglo, cuando goza de prestigio literario en Buenos Aires, es la flamante directora del *Búcaro Americano*, gana dinero suficiente para vivir y tiene una casa donde alojarse, cómoda y feliz. Aunque como la felicidad nunca es completa, en esa misma época está atravesando el duelo por la muerte de su padre:

He cambiado de domicilio desde Marzo vivo en la calle de San José 1431 altos. He ganado inmensamente en el cambio: es una lindísima casa la que tengo, con todas las comodidades modernas y sólo con ellas estoy haciendo frente al invierno tan crudo [...]. En mis tareas de enseñanza me va muy bien. Gano lo necesario para vivir con decencia y no deseo otra cosa

le escribe a Palma en 1897.

La vida es una novela

Otra faceta de la vida, en las cartas que transitamos, tiene que ver con el amor. No aparece esta veta en abundancia pero sí asoma nítidamente bajo la silueta de una de las corresponsales: la argentina Eduarda Mansilla. “Aquí me tiene U combatida por los aquilones feroces de la vida, vencida no, pero muy quebrantada. Yo no he sabido como los demás manejar mi barca con habilidad en este mar sin riberas, soy de espíritu inquieto, de corazón ardiente [...] padecen siempre [...] Llorar y sufrir, pero no en vano”. Y remata su autorretrato con una cita en francés que dice así: “es mejor romperse el corazón que cerrarlo”,

escribe en carta sin fecha enviada desde Europa. La carta bosqueja un temple femenino apasionado y guarda, entrelíneas, los relatos que no se pueden contar al amigo. Lo hará, en lugar suyo, una compatriota que la admira: Juana Manuela. Para ella, Eduarda “es la mejor de las escritoras argentinas”, la única, en verdad, que realmente vale mucho. Gorriti la pondera continuamente en las cartas a Palma pero también recompone para él una historia secreta que la tiene a Eduarda como protagonista. Es una historia de amor, clandestina, con Venturino de la Plaza, la misma que desata su separación de García y su salida rauda de Europa cuando él se entera, por una carta del amante que llega a destiempo, de que ella le es infiel. Gorriti se lo cuenta al amigo limeño con todos los detalles que tiene a su alcance, le va contando retazos de la historia en diferentes cartas, como si fuera un folletín. Y al mismo tiempo va intercalando los comentarios sobre la actitud reacia de Eduarda para acercarse a ella, a pesar de todas las señales que ella le ha dado de su admiración: “pero ella no quiere mi amistad. A unos les dice que no puede acercarse a mí porque he escrito contra Rosas (como U. sabe, eso no es verdad), a otros les dice que la amistad de una vieja sólo conviene a una joven; pero que a una mujer de años la envejece”, se queja con Palma en marzo 1885. Pero el relato más succulento que escribe al amigo tiene que ver con esa faceta apasionada de Eduarda Mansilla que registra en la carta aludida más arriba, y que Gorriti avizora y narra con dotes de novelista:

La pobre Eduarda ha tenido un fracaso horrible. Se fue pomposamente a reunir con su marido en Inglaterra donde es Ministro Residente. De paso por las costas del continente quiso dar un paseo por Francia. En Burdeos tomó consigo a una hija que acababa su educación en un colegio y fue a París, donde se detuvo un mes, siguiendo luego su viaje a Londres. Pero fue el caso que ella había dado la dirección de su correspondencia a la Legación argentina en Londres; y allí entre otras cartas había ido la de su amante, el Dr. Plaza, Ministro de Hacienda. García recibió estas cartas en ausencia de Eduarda que todavía no había llegado. Reconoció la letra y las abrió... Cuando Eduarda llegó a Londres el marido le mostró la carta y tomando del brazo a su hija, se la llevó al interior de la casa: todo esto en silencio. Eduarda se quedó sola en el salón. Como una mujer muy inteligente que es salió inmediatamente de la casa y de Inglaterra y después de una corta estadía en Francia hace regresado a Buenos Aires, donde ha encontrado a Plaza caído del puesto. Ahora ha dejado el apellido del marido, guardando sólo el de su familia, y en literatura el de Eduarda a secas (12 de junio de 1885)

No es la primera vez que vemos a Gorriti entusiasmarse con una historia de amor prohibido. Ni que la vemos adentrarse en una retórica completamente literaria, cuando está describiendo una escena real, y no imaginaria. En otra carta le cuenta a Palma la historia de la monja Serrano y de su amante argentino, el General Alvear, para que le sirva de argumento en una tradición (la que lleva por título *Don Juan Tenorio*): aprovecha, Gorriti, para componer una breve pieza literaria con ribetes románticos, que llega a manos del amigo acompañando una carta (la del 27 de noviembre de 1892). Así, las dotes de la novelista o de escritora de ficción se filtra aquí y allá en la correspondencia con este amigo escritor. Acaso porque la vida se presenta a sus ojos como una auténtica novela que merece en cualquier caso ser contada.

Celos, envidias, rivalidades

Claro que la relación de estas dos prominentes escritoras argentinas no se dirime tan sólo en la admiración de una por la otra. Ni en las diferencias de perspectiva política sobre el pasado rosista que les impide acercarse. Ni en el mero carácter de cada una que dificulta la amistad. Ni tampoco en la diferencia de edades. Es evidente que se juegan entre ellas, también, competencias, rivalidades literarias: ésta es otra faceta de la vida que asoma en las cartas. Porque no se trata en este caso de meras competencias entre mujeres sino de *rivalidades de autor/autora*, que ponen de relieve los celos, las envidias, las mezquindades. Dichas a media voz o alevosamente declaradas, la expresión de tales emociones permite visualizar los lazos no siempre amigables entre este set de escritoras que conforman la red de interlocutoras de Ricardo Palma. Clorinda, Mercedes, Juana Manuela, Eduarda e incluso Emilia Pardo Bazán, que obliga a Gorriti a cambiar la agenda de escritura de una serie de textos que tiene programada (para ganarle de mano a la española se enteró de que ella planea un libro de cocina y quiere publicar el propio). Con Mercedes y Clorinda, en cambio, Gorriti establece a lo largo de los años un vínculo familiar. Ve con buenos ojos que sean *unidas*, que se ayuden la una a la otra, fraternalmente. Las quiere como si fueran sus hijas y es reconocida por ellas como una *madre* (exactamente así la llama Clorinda en algunas cartas).

Pero es bien sabido que también de las madres hace falta cuidarse y tomar distancia al crecer, más todavía cuando son muy críticas: “Mercedes se me ha enojado por haber desaprobado su extravío en las sendas del naturalismo. No me escribe ya; y aún me avisan de Lima que se queja, haciéndome responsable de que la prensa de Buenos Aires nada haya dicho de su novela”, le cuenta a Palma el 1 de julio de 1889. “En su última carta me dio parte de estar al concluir una novela cuyo argumento es el solterón. Pero hace tiempo que ha cesado de escribirme. Creo que me he dicho a U. que le ha disgustado mi censura de *Blanca Sol*. Ella me lo pidió: yo no he hecho más que ser franca” (3 de julio de 1889). Las opiniones adversas de Gorriti deciden el distanciamiento o el silencio de ambas escritoras en algunas etapas. Molestas por las críticas, de buenas a primeras dejan de escribir. Pero Gorriti no se enoja con ellas hasta que se entera de las desavenencias y los celos entre ambas:

¡Con qué pena veo, por el silencio que las cartas de Clorinda y Mercedes respecto a una de otra entrañan, la discordia que vive entre ellas! Nunca creí posible que la amistad, el más noble de los sentimientos humanos, cayera vencido, enlodado por la más mezquina y ruin de las malas pasiones... No quiero nombrarlas, porque me avergüenzo, a causa de esas dos almas que yo creía tan elevadas, y que no eran lo que mi mente soñaba en ellas. ¡Ay!

Así se queja Gorriti con Palma el 23 de febrero de 1890. En cotejo con el resto de las cartas que las tres intercambian con Palma en estos años, se puede adivinar, acaso, que esa pasión innombrable para la argentina son los celos. O también la envidia, palabra que aparece pronunciada, escrita más de una vez, en relación con los certámenes literarios y los enojos o desaires de los que son objeto, a veces, los ganadores, por parte de los colegas y amigos. Algunas líneas escritas por Clorinda en otra carta de 1884, donde le pregunta a Palma por su amiga lo dejan bastante en claro: “En qué estado está la impresión de la novela de Mercedes? Ya supe que ‘El Ateneo’ le prestó todo su apoyo mientras que a mí no me ha comprado ni un ejemplar de las pobres ‘Tradiciones’. Me dirá usted que depende del mérito del trabajo, pero yo tomo el rábano por la hoja de protección a los principiantes literarios. Mucha cosa es la de caer en gracia. ¿No es verdad querido maestro?”.

La pregunta queda flotando como un reclamo sobre el cierre de la carta. Y nosotros podemos concluir, también, con un interrogante: ¿cómo funciona Palma en este círculo, a juzgar por la imagen que proyectan de él sus corresponsales? Se diría que él es el eslabón que aglutina y engarza, el elegido de cada una, el confidente. Es, a la vez, una autoridad y un protector imaginariamente tan valioso, que cuando no responde o cuando no es posible contar con su favor en una situación donde se dirimen los protagonismos literarios resulta poco menos que insoportable. Mercedes se enfurece al enterarse de que Palma no será jurado en un certamen donde ella quería presentarse y para el cual le había pedido consejo. Y en otra oportunidad se altera mucho y le reprocha haberse enterado de que él vetó un nombramiento suyo y la puso en ridículo delante de otros. Sin embargo, después de eso vuelve a él muchas veces, incluso para pedirle consejo sobre publicar o no una novela, y sobre la conveniencia de retirarse o no del certamen: “aprovecho esta (ocasión) para manifestarle lo disgustada que (me) encuentro, desde que he sabido que no (formará) U parte del jurado: casi estoy resuelta a (retirar) mi novela [...] ¿Qué me aconseja? Ya puede U. comprender que su opinión será para mí decisiva”. Por supuesto Mercedes no es la única en pedir consejos literarios, hacer reclamos o pactar *secretos* entre los dos: “lo único que le digo es, que me guarde el secreto: yo no he dicho esto ni a las personas de mi familia”, anota el 8 de julio de 1886. Clorinda insiste, carta tras carta, reclamando el prólogo para las *Tradiciones cuzqueñas*, mientras le da a leer, también en *secreto*, lo que escribe: “le remito la segunda y última parte (de mi la novela) con dos súplicas. [...] que me guarde el más profundo secreto”, escribe el 22 de enero de 1889. Desde Buenos Aires, lo tiene al tanto absolutamente de todo lo que hace. Y cuenta con él, también ella, para prologar algunas de sus obras.

Se diría que Palma es el niño mimado, el padre, el amigo, el consejero y también el primer lector de estas escritoras que en los años 80 y 90 están forjando una obra literaria y persiguiendo o consolidando un nombre de autor, de autora, que sobrevivirá a su siglo. Clorinda Matto, Mercedes Cabello, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla: este *set* de corresponsales de Ricardo Palma figuran hoy entre los clásicos femeninos de la literatura latinoamericana del siglo XIX. El

tiempo atraviesa de diversas formas estas cartas: el tiempo que pasó, desde entonces hasta ahora, cuando reabrimos los archivos para ver qué más nos dicen sobre la situación de los escritores en épocas pasadas. La vida, la muerte, la literatura se suceden en ellos sin solución de continuidad. La literatura es una forma de vida para las escritoras y los escritores del siglo XIX. Antes, como ahora.

Resumen:

Recuperadas del archivo, las cartas aquí trabajadas revelan relaciones que Ricardo Palma mantenía con diversas escritoras. Enfermedad, trabajo y sostén económico, vocación o impulso, situación de la mujer: los textos hablan sobre la práctica literaria y sus derivas. Y, al mismo tiempo, algo más. En todo caso: ¿qué nos dice, cómo nos interpela, ese corpus epistolar a nosotros, lectores del siglo XXI?

Palabras clave: Ricardo Palma. Escritoras. Literatura latinoamericana.

Abstract:

Recovered from the archive, the letters analyzed here reveal the relationships that Ricardo Palma maintained with several women writers. In the letters, correspondents speak, among other topics, of illness, work and economic support, vocation or impulse, and the condition of women in the nineteenth century. They also converse about literary practices and their drifts. My reading of these letters asks: What does this epistolary corpus tell twenty-first century readers about epistolary relationships?

Keywords: Ricardo Palma. Women writers. Latin American literature.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BATTICUORE, Graciela. *El taller de la escritora. Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti, Lima-Buenos Aires (1876-7/1892)*. Rosario: Beatriz Viterbo, 1999.

CASAVALLE, Carlos (ed.). *Palma literaria y artística de la escritora argentina. El álbum y la estrella. Doble ceremonia, 18 y 24 de setiembre*. Buenos Aires: Imprenta y Librerías de Mayo, 1875.

DENEGRI, Francesca. *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Flora Tristán Editora e Instituto de Estudios Peruanos, 1996.

GORRITI, Juana Manuela. *Cincuenta y tres cartas inéditas a Ricardo Palma. Fragmentos de lo íntimo. Buenos Aires-Lima, 1882-1891*. Edición crítica, estudio preliminar, edición de dossier y diccionario biográfico a cargo de Graciela Batticuore. Notas en colaboración con César Salas Guerrero. Lima: Universidad San Martín de Porres, 2004.

_____. *Lo íntimo*. Buenos Aires: Ramón Espasa, 1897.

PALMA, Ricardo. *Epistolario* (dos tomos). Lima: Editorial Cultura Antártica, 1949.

_____. *Epistolario general* (tres volúmenes). Prólogo, notas e índices a cargo de Miguel Ángel

PINTO, Ismael. *Sin perdón y sin olvido. Mercedes Cabello de Carbonera y su mundo*. Lima: Universidad San Martín de Porres, 2003.

Rodríguez Rea. Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2005-2006.

_____. *Tradiciones peruanas completas*. PALMA, Edith (ed.). Madrid: Aguilar, 1952.